





EL PÁJARO
DE LOS 10.000 AÑOS



Óscar Rull

EL PÁJARO
DE LOS 10.000 AÑOS



Primera edición: julio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Óscar Rull

ISBN: 978-84-18366-26-0

ISBN digital: 978-84-18366-27-7

Depósito legal: M-16676-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Prólogo

Hace muchos años, antes de que la Tierra se llenara de extraterrestres y se invirtiera el orden natural de las cosas, un loro se escapó de la casa de la granja en la que había vivido durante muchos años y se elevó por encima de las nubes. Hay quienes dicen que con ello no se conformó, pues acabó traspasando la atmósfera terrestre y abandonando la órbita del planeta. Y se posó sobre el sol y luego visitó uno por uno los distintos planetas del sistema solar, desde Mercurio al desafortunado Plutón, partiendo luego allende los rincones del universo conocidos hasta la fecha. Otros afirman que el loro nunca se marchó tan lejos, sino que se instaló en un lugar recóndito del Amazonas y allí llevó una vida tranquila.

Y pasaron siglos y siglos, hasta que un día el pájaro volvió a casa, convencido de que no quedaba nadie que pudiera reconocerle (con la excepción de un ser al que había hecho una promesa). Y todo el mundo acudió a verle, proclamando que él era el pájaro de los 10.000 años, el salvador de un planeta Tierra que en nada parecía haber cambiado.

Y se organizó un enorme desfile, que no se diferenciaba de los antiguos, aderezado con confeti y fuegos artificiales. El gran líder mundial proclamó que el loro les salvaría de los extraterrestres y de los animales parlantes, y todos aplaudieron con fervor y algo de miedo. Y si hubieran podido comprender el rostro de un loro, se habrían dado cuenta de que el pájaro estaba todavía más asustado y confundido que ellos.

Entonces el ave legendaria se dispuso a formular una pregunta

y todos prestaron atención a sus palabras mientras contenían el aliento:

—¿Qué rayos me estáis contando?

El mundo de los animales parlantes

En un tiempo que podríamos ubicar en el pasado o en el futuro, existía una pequeña urbanización llamada Vibrat. La componían dos hileras de casas de ladrillos, envueltas por huertos tras los cuales se veía un entorno natural de pinares y naturaleza forestal. Estaba ubicada sobre una pendiente que bajaba en dirección a... otra pendiente, esta última tan pronunciada que algunos habrían preferido llamarla acantilado.

Allí vivía una niña llamada Irene, junto a sus padres. No sabemos su edad exacta, pero no debía tener muchos años si se la podía llamar *niña*. Era la única persona de Vibrat que no había cumplido los 30, razón por la cual acostumbraba a jugar sola... las pocas veces que se animaba a hacer algo que le resultara divertido.

Su madre se llamaba Valentina y era la única doctora de la zona. Durante un tiempo, había sido vista por los vecinos como una especie de eminencia que podía aconsejarles acerca de toda clase de asuntos, incluso aquellos sobre los que su ignorancia era marcadamente manifiesta.

El padre de Irene era un explorador, profesión que no interesaba a casi nadie pero que había recuperado su sentido en aquella época. En ocasiones, se iba de viaje y tardaba semanas en volver. Irene solía decir que había salido *en busca de aventuras* y se lo imaginaba matando a las cosas malas del mundo y saqueando toda clase de sepulturas. Y cada vez que se marchaba su familia lo echaba mucho de menos y los vecinos respiraban más tranquilos, pues le consideraban un tipo extraño y temerario, destinado a meterles en

problemas algún día. A pesar de las ausencias, procuraba enviar cartas, regalos y dinero a su familia por correo.

Y aquel día Irene esperaba frente a la verde cancela de su casa, pues estaba convencida de que la carta de su padre estaba en camino. El cartero solía llegar los fines de semana, muy temprano, así que había madrugado para recibirle.

De hecho, no había dormido.

Soplaba un viento helado y húmedo que parecía presagiar un día lluvioso. Irene no se había abrigado lo suficiente y temblaba como un arbusto endeble que oscila atormentado por el vendaval, pero se negaba a moverse de su sitio. Afortunadamente, el cartero no tardó en presentarse:

—¿Está tu madre? —preguntó el hombre con bastante impaciencia.

—Todavía duerme —dijo Irene—. Me puedes dar las cartas, mamá me dijo que las recogiera.

—La doctora me pidió que siempre se las entregara personalmente —dijo mientras volvía a tocar el timbre—. Tengo prisa.

—Se las daré yo misma —dijo Irene, sin demasiadas esperanzas de que aquello funcionara.

—Ve a buscar a tu madre —dijo el cartero, impasible.

Irene obedeció, consciente de que acababa de chocar con una muralla infranqueable.

Valentina leyó la única carta que había llegado y luego la guardó en la caja fuerte de su despacho, el cual era una sala llena de libros de ficción (y algunos de medicina) con un ordenador sobre una mesa.

—¿Qué se cuenta papá? —preguntó Irene.

—Dice que está bien, que nos quiere mucho y que espera regresar antes de que acabe el año —respondió su madre.

—Déjame ver la carta. Seguro que dice alguna cosa más.

—No, el resto son cosas de mayores que no te interesan.

—¡No me dejas ver nunca ninguna de las cartas de papá! —protestó Irene.

—Ya tendrás tiempo de leerlas.

La madre de Irene no consideró que mereciera la pena explicarse más e Irene sabía, por anteriores ocasiones, que hoy tampoco iba a sonsacarle ninguna información.

Madre e hija estaban reunidas frente a la chimenea. Valentina la tenía encendida a todas horas. A veces, incluso en verano.

—Mamá, ¿es cierto que papá ha salido en busca del pájaro de los 10.000 años?

—¿Dónde has oído eso?

—La mujer del sastre se lo decía hoy a un cliente. ¿Qué pájaro es ese?

—Estoy convencida de que esa... mujer quería que la escucharas —dijo Valentina entre dientes, visiblemente molesta.

—¿Pero qué es el pájaro de los 10.000 años?

Valentina parecía disgustada e Irene estaba convencida de que no tendría por respuesta más que un «No me molestes» o un «Son cosas de mayores». Pero el rostro de su madre se relajó, adoptando una expresión más de resignación que de tranquilidad. Y dijo:

—¿Conoces la leyenda de los animales con voz?

—¿La que dice que antes los animales no podían hablar?

—Sí —dijo Valentina, como obligándose a sí misma a proseguir—. Hace muchos, muchos siglos, los animales eran incapaces de hablar. Todo lo que decían a nosotros nos sonaba como tumultos o gritos. Incluso aunque hubiéramos podido enseñarles, la mayoría no tenían un sistema de cuerdas vocales que funcionara como el nuestro, aunque algunos pájaros encontraron una manera de decir palabras. No se sabe si entendían lo que decían. Pero un día todo cambió. Se dice que una criatura descendió entre nubes desgajadas y les dio voz y razón a todas las bestias. Era un ave mágica, el pájaro de los 10.000 años.

—Pero no todos los animales hablan —la interrumpió Irene—. Los insectos no lo hacen.

A los insectos no se los solía considerar animales en aquellos

tiempos, pero Irene había leído en un libro de su abuelo de la granja que en realidad sí lo eran, al igual que los humanos.

—Así es como me lo explicó el jefe de los pájaros —dijo la doctora—. El caso es que las bestias y los humanos habíamos vivido juntos. Después nos separamos y se formaron nuevas comunidades. Ciudades de sapos, de tortugas, de leones... Ahora ninguno de los dos bandos quiere hablar con el otro.

—¿Los animales antes eran nuestros amigos?

—No lo sé —respondió Valentina, en un tono amargo que sonaba a «No lo creo».

—¡Pero eso es solo un cuento! —protestó Irene—. ¡Papá no debería ir en busca de cosas que no existen!

—En ningún momento he dicho que tu padre busque o deje de buscar nada. Es una historia muy popular entre los pájaros, muchos se creen que eso pasó realmente.

—Dime qué es lo que busca papá, entonces —dijo Irene, ansiosamente.

Valentina ni se molestó en responder. Se dirigió a la chimenea y arrojó más leños al fuego, aunque a Irene le parecía que no hacían falta tantos.

—¿No deberías irte a dormir de una vez? —preguntó la doctora.

Irene se marchó sin protestar, ya que no tenía ganas de pasar más tiempo con su madre. El hecho de que no hubiera dormido la noche anterior también debió influir algo.

Irene estaba echada en la cama. El ruidoso reloj con forma de gato que colgaba de la pared inundaba la estancia con su cargante e hipnótico sonido: tictac, tictac...

«Algún día tiraré ese trasto», pensó.

Había estado a punto de quedarse dormida de nuevo cuando sonó la campanita de la puerta. Fingió no haberla escuchado, ya que era habitual que la gente fuera a su casa sin ninguna razón importante y prefería dormir a perder el tiempo. Ya se encargaría su

madre de atender a quien quiera que estuviera molestando en aquel momento. Debía tratarse de Edic, la mujer del sastre, que venía a buscar los brebajes (¿medicinas?) que encargó la semana pasada y...

Sí, podía verla desde la ventana, hablando con su madre, con sus ropas viejas (¿anticuadas?) de colores oscuros, sus pelos de punta y esa expresión de marcescente apatía que parecía habersele grabado en la cara como una marca que señala a las personas antipáticas. A Irene no le caía del todo bien. Aunque si le preguntáramos por prácticamente cualquier otra persona del pueblo, habríamos observado que rara vez tenía una opinión positiva de nadie.

Después de haber acabado con los temas de negocios, Valentina subió a la habitación de su hija.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó la doctora, quien no tenía el menor interés por el estado en el que se encontrara o se dejara de encontrar Irene.

—No me encuentro del todo bien —contestó Irene—. Ayer dormí mal.

—¿Y eso? ¿Hay alguna cosa que te ponga nerviosa?

—Tuve un sueño muy extraño —respondió la niña.

—¿Me puedes explicar qué pasaba en tu sueño?

—No lo sé muy bien. Había como dos fuegos en un sitio oscuro que me seguían. Pero los fuegos no daban luz y, cuando se apagaban, me daba cuenta de que ya no quedaba nada. Me parecía que era necesario que volvieran a arder. Que algo terrible me iba a pasar si no conseguía encenderlos de nuevo. Me chocaba con las paredes, y también había árboles y rejas... y fantasmas. Luego me desperté y ya no pude dormir más.

—Me sabe mal escucharlo. No te preocupes —y a pesar de sus palabras, Valentina parecía experimentar una inquietud reprimida—. Todos tenemos a veces pesadillas. Pero lo que sucede en ellas no es real. Es solo que nuestra imaginación echa a volar.

—No creo que fuera una pesadilla. Entonces no me daba miedo —Irene hacía una distinción entre aquello que la asusta y aquello que debería haberla asustado.

—No deberías obsesionarte —dijo Valentina, como si entendiera a la perfección un tema que en realidad no dominaba y al que desde luego no iba a aportar ninguna solución—. Tienes un aspecto horrible. Y unas ojeras... En cualquier caso, voy a salir. No estaré a la hora de comer. Te he dejado pasta preparada, caliéntala en el microondas. Hay dos raciones, una es para *Boulanger*. Me imagino que se pasará por aquí, así que se la calientas a él también.

—De acuerdo...

—Muy bien, me voy.

Irene volvía a estar sola. Subió a su habitación y se miró en el espejo. Para su tranquilidad, la imagen que se reflejaba no le devolvía una mirada tan lamentable como su madre le había dicho, aunque sí algo cansada.

Por lo visto, Boulanger iba a venir. Aquel era el nombre de un periquito que vivía en la zona de las fábricas, en una casa hecha con planchas metálicas. Una niña de otra época se habría preguntado por qué no vivía en la rama de un árbol, pero Irene era un producto de su tiempo, regida por la lógica del momento en que vivía. Además, por allí pululaban cosas con fama de peligrosas, así que era mejor estar a cubierto.

Los padres del periquito habían muerto y desde entonces la madre de Irene se encargaba de prepararle la comida. No había logrado convencerle de que se mudara a Vibrat, donde habría podido serle de más ayuda, pero se ocupaba de su manutención y procuraba que no le faltara nada. Boulanger era lo más parecido que tenía Irene a un amigo, aunque no estaba segura de que ese calificativo fuera el más idóneo. Y el *amigo*, o *casi amigo*, acababa de llegar: reposaba sobre una rama al lado de la ventana, luciendo un sombrero de copa sobre su cabeza y un frac adaptado a la fisonomía de los pájaros.

—En esta casa siempre hace demasiado calor —dijo el periquito y, a pesar de sus palabras, entró por la ventana y alargó sus alas hacia la chimenea—. ¡Ah, sí! Tu madre me ha dicho que me pasara por aquí para la comida.

—Sí, ahora la preparo —dijo Irene.

—También dijo que me dieras una recompensa por mis servicios.

—¿Qué servicios?

—Ayer le hice algunos recados en la comunidad. Se supone que recibiría un premio.

¿Realmente lo había dicho? Bueno... era posible. La madre de Irene ayudaba a menudo a Boulanger e Irene sabía que el periquito jamás le pondría en la boca palabras que no había pronunciado. Ambos se habían llevado siempre muy bien.

—Se la pides a ella cuando la veas —dijo la niña—. No sé lo que te ha prometido.

Irene esperaba que Boulanger insistiera con el tema. Pero el periquito se limitó a decir que eso haría y añadió:

—He oído el pitido del microondas.

Irene y Boulanger ya habían comido y la niña ahora estaba tumbada en el sofá muriéndose de un aburrimiento que deseaba transmitir a su invitado, por lo que se quejó incansablemente y bostezó de maneras exageradamente cómicas. Boulanger, quien parecía acostumbrado a esta clase de conductas, se asomó a la ventana y miró al cielo.

—No deberías mirar arriba —dijo Irene—. Te quedarás ciego.

—Eso son cosas que se inventan los mayores —afirmó Boulanger.

Irene también lo creía y, de hecho, ya le había dado la razón en otra ocasión. Pero, aun así, no se atrevía a mirar. Según su madre, el cielo antes había sido azul, una inmensa sábana salpicada con la forma de diferentes astros, un lienzo que debería haber albergado al sol y a la luna, sempiternos compañeros de la Tierra.

Pero no estaban.

El firmamento se había vuelto rojo de la noche a la mañana sin que nadie supiera el porqué. Una textura de color granate lo cubría a lo largo y lo ancho, más allá de donde alcanzaba la vista.

La niña recordó una conversación que había tenido con *el abuelo de la granja*, es decir, con el padre de su madre. Al padre de su padre lo llamaba *el abuelo de la montaña* y así resultaba fácil distinguirlos. En cualquier caso, el abuelo de la granja afirmaba saber la causa por la que el cielo se había vuelto rojo como un granate aplastado.

—¿Por qué? —había preguntado Irene.

—Te lo diría si pudiera, pero tus padres me lo prohíben —dijo él, con una voz medio desilusionada, medio soñadora—. Dicen que saberlo te asustaría, aunque en realidad tampoco es que haya pasado nada terrible. Tú nunca has sido tan impresionable, ¿no?

—¡Dime qué es lo que le pasa al cielo! —había exclamado Irene, enfurruñada al ver que su abuelo la había dejado con la miel en los labios.

—Primero deberás convencer a tus padres de lo importante que es para ti saberlo —dijo el anciano, al tiempo que le acariciaba la cabeza—. Entonces te lo diré.

Durante los días siguientes, Irene lo habló con su madre, pero lo único que consiguió fue que los mayores acabaran peleándose entre ellos, aunque no creía que fuera su culpa. Una noche en particular, pudo escuchar desde la cama como el abuelo le gritaba a su madre con intensa furia, acusándola de ser una corta de miras sin la capacidad de maravillarse ante nada. A la semana siguiente, hicieron las paces, pero Irene se quedó igualmente con la duda y empezó a imaginarse las explicaciones más horribles para aquel fenómeno del cielo rojizo. Una noche incluso llegó a soñar que llovía sangre y fuego.

—¡Irene! —exclamó Boulanger—. ¡Habías dicho que era malo mirar al cielo!

La niña apartó la vista rápidamente y luego se preguntó si no había reaccionado de una manera demasiado exagerada.

—Ya que te aburres tanto... ¿Te vienes conmigo a dar una vuelta? —preguntó el periquito—. Ha caído una cosa del cielo, sobre el campo de baloncesto. Podríamos ir a ver de qué se trata. ¡Creo que podría ser un meteorito!

Ante el entusiasmo de Boulanger, Irene no fue capaz de mostrar más que una expresión indiferente, lo cual era preferible a reflejar el puro desdén que sentía.

—No me interesan las piedras gigantes —dijo ella.

—Pero... ¡es algo que viene del espacio! —dijo Boulanger, incapaz de comprender tal desidia—. Además, los meteoritos a veces contienen metales valiosos y extraños por los que se puede sacar un dineral. ¡Tu abuelo decía que en los tiempos salvajes había reyes luchando con dagas hechas con materiales extraterrestres! Por aquel entonces había escasez de hierro...

—Olvidalo —dijo Irene—. No voy a cargar con trastos.

—¿Por qué no vamos a ver de qué se trata? No hace falta que me ayudes a transportarlo, pero al menos te puedes dar una vuelta. Siempre será mejor que quedarse aquí sin hacer nada mientras te lamentas porque no estás haciendo nada.

Irene, tras cavilar unos momentos, dijo:

—Tengo prohibido ir al campo de baloncesto. Mi madre dice que la canasta está muy oxidada y que algún día se le caerá a alguien en la cabeza.

—Pues no te acerques a la canasta y ya está. ¡El campo no es tan pequeño como para que te tengas que meter justamente debajo! Será como si no la hubieras desobedecido —Boulanger no estaba seguro de estar diciendo la verdad e Irene no creía haberla escuchado. A ambos les importó aquello muy poco.



Vibrat era el nombre de aquel pueblo

Irene a veces caminaba por el pueblo con los ojos mirando al suelo, para evitar mirar al cielo. Pero el firmamento ocupa tanto espacio que era difícil no verlo, incluso para una persona poco dada a dejarse llevar por la curiosidad.

Para alcanzar su destino, deberían dar un largo rodeo. Había que subir la cuesta que atravesaba el pueblo hasta llegar a la carretera como el carbón, girar a la derecha y caminar unos 20 minutos hasta alcanzar un cruce y entonces girar otra vez a la derecha.

El campo de baloncesto era un lugar abandonado y polvoriento, cubierto de maleza y hojas pardas bajo las que se escondían incontables insectos de apariencia nauseabunda. La canasta, la única que había, estaba muy vieja y temblaba como gelatina ante cualquier brisa, por suave e imperceptible que fuera. Si en aquella zona hubiera habido más niños, igual habrían reformado el lugar. Pero nadie se iba a tomar las molestias para complacer a Irene y Boulanger, en cuyos corazones ni siquiera ardía la llama del espíritu olímpico.

—¿Dónde está el meteorito? —preguntó Irene, impaciente.

—Debe estar por ahí —respondió Boulanger—. ¡Hay un cráter y mira cuánto humo!

Irene y Boulanger se acercaron. Esperaban encontrar una piedra incandescente como magma ardiente o un amasijo de metal refulgente vertiéndose sobre la tierra, pero lo que había en el centro de aquel círculo era un loro común de plumaje azulado y reducidas

dimensiones que se retorció como un pez que contempla aterrorizado la lumbre del agua. Sus ojos entreabiertos destellaban con un fulgor enfermizo, reflejo del desquiciado, ignorante horror. Estaba completamente empapado de una sustancia blanquinosa que olía a putrefacción y suciedad.

—¡Es un loro! —exclamó Irene.

—Menuda decepción —se lamentó el periquito, que veía esfumarse sus sueños de obtener un dineral vendiendo extraños minerales mediante los cuales se podrían construir coches voladores, entre otras tonterías.

—¿Le conoces, por casualidad? —preguntó Irene.

—No es de la comunidad, aunque tampoco es que conozca a todos los pájaros del mundo. Tiene que haber un error. Yo lo que he visto era más como una bola de fuego cayendo. ¡Pero esto es un loro!

—Deberíamos buscar a alguien —dijo Irene—. Parece estar herido, por no decir...

El periquito la ignoró, se acercó al loro y lo sacudió un poco con las patas.

—¡Eh! ¿Te encuentras bien? —preguntó.

El loro se puso en pie con gran esfuerzo y miró en todas direcciones con una expresión que mezclaba miedo y confusión. Empezó a agitar las alas frenéticamente, como si fuera a echar a volar.

Previsiblemente, se quedó pegado al suelo. Pero al menos consiguió ajetrear un poco las hojas.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —le preguntó el periquito.

—¡Soy...! ¡Soy...! —gritó el loro estruendosamente.

No acabó la frase. Salíó corriendo en dirección contraria con la velocidad de un torpedo defectuoso, la cual significaba bajar por una pendiente no excesivamente pronunciada que conducía al fondo del acantilado.

Nadie se movió para seguirle.

—¿Por qué no se marchó volando? —preguntó el periquito.

—¿Quién sabe? —dijo Irene—. Parecía estar muy confundido.

Aunque tampoco conozco demasiados pájaros, igual son todos así de raros —estaba casi orgullosa de no haber dicho que están «mal de la cabeza».

—¿No deberíamos seguirle? —preguntó el periquito, quien prefirió no enfadarse por aquella suerte de indirecta—. Creo que necesita ayuda.

El periquito había hablado en plural, pero Irene ya se imaginaba quién se tendría que ocupar de tan incómoda tarea:

—Quieres decir que YO debería seguirle, ¿no?

—¿A quién crees que le resultaría más fácil cargarlo? —protestó Boulanger—. Llévaselo a tu madre. Debe estar herido, después de semejante caída. Bueno... lo normal sería que estuviera muerto.

¿Y qué podía hacer Irene? Lo habían encontrado y por ello le parecía que tenían una cierta responsabilidad respecto a él, pero...

—Ya lo encontrará alguien —dijo Irene—. No tengo ganas de bajar corriendo por una cuesta y abrirme la cabeza.

Boulanger pensó que aquello era justo. Ciertamente, Irene podía lastimarse. Pero...

—En ese caso, puedes decírselo a alguien cuando vuelvas al pueblo —dijo el periquito, en un tono conciliador—. Yo ahora tengo que ir a la comunidad, el maestro me espera con estúpidos acertijos.

—Pero entonces mi madre se enteraría de que vine al campo de baloncesto y me echaría la bronca. Tu maestro puede esperar. Hazlo tú. A nadie le importa que te pases o te dejes de pasar por aquí.

—¡Eres una idiota! —exclamó Boulanger, visiblemente indignado—. ¡Si me pasara algo, a tu madre le importaría!

El periquito se marchó volando sin despedirse e Irene no tardó en comprender que su comentario había resultado todavía más desafortunado de lo previsto. Ahora, la responsabilidad de explicarle a Valentina que había un pájaro herido por esta zona recaía en ella.



Otoño

Aquella noche Irene no conseguía conciliar el sueño. No le había dicho nada a su madre acerca de aquel loro lleno de magulladuras que ni siquiera parecía acordarse de que podía volar y ahora sentía como la culpa la carcomía. Daba vueltas y vueltas en la cama, muerta de preocupación. ¿Y si le había pasado algo? ¿No sería culpa suya? ¿No le echarían nada en cara? Quizás debería confesar. En principio era lo más fácil, pero eso habría significado admitir que se había acercado al campo de baloncesto. Intentaba convencerse de que las broncas de su madre no la impresionaban tanto, de que hasta cierto punto se podría haber dicho que le daban igual, si no le resultaran tan cansinas... Pero...

Pero la imagen de aquel loro pasando frío y hambre bajo el manto de la oscura noche, confundido, comiendo hojas tóxicas de los árboles y bebiendo de charcas rebosantes de inmundicia se dibujaba en su mente con una nitidez progresivamente más intensa. «Socorro, auxilio», le decía con una voz desesperada. Y si en un futuro encontraban sus diminutos huesos y...

—Será mejor que vaya en su busca —dijo Irene, en voz no demasiado alta—. Si mañana me dicen que han encontrado el cadáver de un loro, creo que me dará algo.

Eran las... las... ¡cuatro de la madrugada! Últimamente dormía menos que un tiburón estresado, pero ya se había decidido. Se vistió, cogió la cazadora y una linterna y salió de la casa a hurtadillas. El plan era sencillo: encontraría al loro y se lo llevaría a casa, pero

antes le haría jurar que no le diría a nadie que se habían encontrado cerca del campo de baloncesto.

La niña llegó al lugar y se dispuso a bajar la pendiente empinada de noche como una idiota, pero no fue necesario. Aquel loro, azul como el mar o el antiguo cielo, había regresado a su cráter, emulando al niño que se ha escapado de casa. Allí se encontraba, encogido sobre sí mismo.

—Hola, loro —dijo Irene, que ahora no sabía muy bien cómo comportarse.

El loro alzó la cabeza. Se quedó plantado, mirándola como si mirara a un abismo insondable. Así de confundido estaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Irene—. ¿Quién eres?

—Me llamo... Otoño —dijo el loro.

Sin decir nada, el loro saltó sobre el hombro de Irene. La chica temió que le fuera a atacar, pero se quedó allí posado. Lo habría apartado de un manotazo, pero tenía la impresión de que no traía malas intenciones.

—¿De dónde has venido? —preguntó ella—. Te vimos caer del cielo...

Esta vez la respuesta tardó algo en llegar:

—Soy... ¿un loro? —contestó el pájaro, y en su voz temerosa se vislumbraba un timbre de reflexión.

—Ya veo que eres un loro —dijo Irene—. He venido a ayudarte, ya que me pareció que estabas herido. Pero si resulta que te encuentras bien...

—¡Soy un loro! ¡Un loro! ¡Un loro, un loro!

Aquel pájaro desvariante no parecía capaz de hablar correctamente, pero estaba tan asustado que debía ser plenamente consciente de... alguna cosa. El cielo se iluminó y con él la tierra, sobre la que se derramaron sus rayos. Era de noche, pero en ocasiones todo se aclaraba cuando no le tocaba. No era extraño, formaba parte del día a día de la gente de aquel pueblo.

—¿Eso ha sido un rayo? —preguntó el loro.

—¿Un rayo? No lo creo, ya no podemos verlos. Ni el sol, ni la luna, ni las estrellas... ¡Cómo odio esa cosa allí arriba!

—Esa cosa es... algo que yo he visto... antes...

—¿Cuándo?

—Cuando está a punto de anochecer.

El loro saltó al suelo. Se había equivocado aunque, bien mirado, aquello sí que se parecía un poco a una puesta de sol perpetua con un toque de agitación...

—Está... bien... —dijo Irene, quien no había previsto que el encuentro fuera a resultar tan confuso y complicado—. Cálmate. ¿Te llamabas Otoño, no?

—Creo que he tenido... dos nombres. El primero no lo podrías pronunciar... El segundo me lo pusieron... me lo pusieron... —se mantuvo meditativo durante varios segundos y cada uno de ellos aumentó su nerviosismo—, no me acuerdo. ¡No me acuerdo! Pero... mi segundo nombre es pronunciable. Otoño.

El primer nombre debía ser alguna clase de ruido horrible que solo podía salir del pico de un loro o algún pajarraco por el estilo, pensó Irene, quien esperaba no tener que escucharlo nunca.

—De acuerdo, yo me llamo Irene. Y te he visto en tal mal estado que he venido a ayudarte. Mi madre es doctora, ahora iremos a verla.

Irene sacó un mapa de la mochila. Era una porquería que había hecho ella misma.

—Te diré dónde está. Mira, esto es el campo de baloncesto —señaló un feo dibujo sobre el papel—. Y aquí está el pueblo en el que vivo. Vamos.

De algún modo, el loro logró mostrar algo similar a una expresión de amenaza:

—¡Alto! ¡Quiero saber qué es lo que me pasa! ¡No recuerdo apenas nada!

Irene se asustó ante aquel tono agresivo y autoritario del pajarrillo. ¿Tenía intención de lastimarla? Es cierto que era muy pequeña, pero... ¿y si poseía poderes ocultos? Irene no había visto

nunca un loro y se preguntaba de qué oscuras artes eran capaces... Aunque igual el problema no surgía del hecho de que se tratara de un loro...

—Mi... madre puede ayudarte —dijo Irene, titubeando—. Me imagino.

Otoño bajó la cabeza, con un gesto de preocupación muy marcado, y dijo:

—He intentado volar, pero no me sale. Soy un loro que no puede volar. Es muy extraño.

—Sí que lo es —dijo Irene, quien ignoraba si los loros podían volar o no.

—Hablo en serio —dijo el loro—. Diría... que he pasado mucho tiempo lejos de casa... Mucho, mucho tiempo. Pero no lo recuerdo. Eres la única persona que conozco, y...

—Calma, calma —intentó tranquilizarle Irene—. Mira, eso se lo cuentas a mi madre porque yo no te entiendo. Y no soy la única persona que conoces, ya que no nos conocemos. Pero me imagino que soy lo más parecido. Haré cuanto esté en mi mano para ayudarte, pero hazme el favor de no gritar más. Dime, ¿qué hacías antes de que nos encontráramos? ¿Lo recuerdas?

—Creo... Creo que estuve en una fiesta. Había bailes y canciones. Llenaron de muñequitos y musgo una estantería. Yo también canté un poco... No recuerdo más.

—¿Aquello fue durante el invierno? —Irene había escuchado a su padre decir que en invierno había habido fiestas muy señaladas en tiempos remotos.

—Creo haber vivido siempre la misma estación —respondió el loro.

Irene no sacaba nada en claro de aquellas palabras, ni sabía del todo lo que buscaba, ni estaba segura de que aquellas preguntas constituyeran algún tipo de investigación. A decir verdad, ni siquiera estaba segura de que hubiera una verdad a desentrañar.

—No sé lo que ha pasado —dijo Irene—. Siento no ser de más ayuda. Si recuerdas más cosas, podemos intentar solucionar el enigma. Pero... no te preocupes demasiado.

—¡No tengo casa! ¡O al menos, no la recuerdo!

Estaba claro que aquel loro tenía problemas que iban más allá de unas magulladuras. Irene pensó que lo mejor sería dejar que se quedara con ella hasta que la cabeza se le aclarara un poco y se le ocurriera algún sitio en el que buscar ayuda. No es que lo deseara, pues el animal le resultaba bastante siniestro. Tampoco se puede decir que obrara en base a un desarrollado sentido de la responsabilidad. Sencillamente, no creía que hubiera otra manera de solucionar aquel pequeño infortunio que se le había presentado.

Otoño aceptó su oferta.

—Me quedaré en tu casa mientras tanto. ¿Tienes una jaula?

—¿Una jaula? —preguntó Irene, extrañadísima.

—Necesitaré una jaula.

—¿De qué me estás hablando? No tengo ninguna... ¿Para qué la quieres?

El loro exigió una jaula, dijo que quería una jaula, que quería una jaula, que quería una jaula... Pero lo único que Irene podía ofrecerle era una barra de madera que prometió situar entre dos pilas de libros, en lo alto de las estanterías de su habitación.

—Allí no estaré seguro —protestó el loro.

—Lo fijaré muy bien —dijo Irene.

—No habrá nada que me proteja.

—Ni nada de lo que debas protegerte.

—Los humanos no soléis entenderlo. Los loros no somos como los gatos o los perros. No somos depredadores. Siempre tenemos miedo.

Irene nuevamente se quedaba muy extrañada al escucharlo. A medida que iba haciendo el camino de vuelta, ahora acompañada, se preguntaba, cada vez con mayor insistencia, si había hecho lo correcto. Consideraba que quizás sería poco ético echarse atrás ahora que ya le había invitado, pero rápidamente se convenció de que no era una buena idea dejarle estar en su cuarto. Aquel animal le resultaba realmente cargante.

Llegaron a casa y se metieron en el comedor. Irene insistió en que no se podía hacer ruido, pues no quería que su madre se despertara. Le ofreció al loro un tiesto colgante a cuyos bordes podía agarrarse.

—Esta será tu cama —dijo Irene, a lo que el loro respondió que quería una jaula, que quería una jaula, que quería una jaula...

—¡¡Habla más bajo!! —exclamó Irene.

—Acabas de gritar —señaló Otoño.

Irene se puso roja como un tomate y prefirió cambiar de tema:

—Mira, mañana le explicaremos a mi madre lo de que te quedas aquí. Recuerda, le has de decir que te encontré frente a la cancela sobre las nueve. Mejor dicho, se lo explicaré yo. Ni una palabra sobre el campo de baloncesto.

—No le explicarás la verdad —dijo Otoño en un tono serio—. Ni siquiera la pequeña parte de la verdad que conocemos.

—Es lo mejor. La verdad es un tanto rara.

Adjetivos como *raro* eran preferibles a *estúpido*, ¿no? Ahora que estaba todo más tranquilo y el silencio imponía su reinado basado en la ausencia, Irene observó que el invitado tenía una voz y una vocalización muy claras. Había oído decir que los loros hablaban de un modo irritante, pero su invitado hablaba con el tono y la entonación de un niño humano. Al menos, mientras estaba tranquilo. La madre de Irene lo encontraría si se levantaba temprano. Pero normalmente no madrugaba, por lo que no debería haber problemas. Habría tiempo para preparar un poco mejor la historia. Es decir, Irene probablemente pasaría otra noche en vela.

Otoño se quedó solo en el comedor. La niña, inconscientemente, había apagado la luz al salir. Todo estaba oscuro y apenas se podían distinguir las siluetas de algunos utensilios sobre la barra de la cocina. El loro nunca antes se había sentido tan solo, ni siquiera durante el tiempo que pasó perdido por las tierras que rodean Vibrat, aunque también es cierto que en este caso el *antes* era demasiado breve. Aquel comedor era el lugar más deprimente del

mundo. «Así debe sentirse alguien cuando lo pierde todo», pensó aquel que ignoraba qué cosas había perdido o dejado de perder. «Mi cabeza está tan llena de pensamientos inútiles...».